

Juba II y la dimensión amazigh.

Un sabio abierto a las culturas mediterráneas

El Mahfoud ASMAHRI

Preámbulo

El rey Juba II, que gobernó el antiguo Marruecos entre el 25 a.C. y 23 d.C. es considerado una de las personalidades más destacadas que influyeron particularmente en la historia del reino del antiguo Marruecos, llamado entonces Reino de Mauritania, y en la historia de los reinos amazigh, que han gobernado el norte de África antes de la llegada del islam. El interés por esta personalidad apunta a resaltar la dimensión amazigh arraigada en la historia y civilización de Marruecos, y, por consiguiente, a mostrar la importancia de esta dimensión en la construcción de la personalidad marroquí a través de diferentes épocas de la historia. Este rey es también un ejemplo emblemático de esta personalidad marroquí que se caracteriza por su apertura a las culturas de la antigua cuenca mediterránea, sin renunciar a la cultura y a las tradiciones de sus antepasados y de su país, a pesar de su dominio de las lenguas de esta cuenca, especialmente el griego y el latín □lenguas, en ese momento a la cabeza de las lenguas universales de las ciencias y del conocimiento□. Las relaciones matrimoniales lo habían unido a ciertas familias en el poder, tanto en la costa sur del mar Mediterráneo como en el norte □como fue el caso de su matrimonio con una princesa de la corte faraónica de Egipto□, y también a otras familias reales de Grecia. J. Carcopino, autor del libro *El antiguo Marruecos*, destacó la apertura de la personalidad de Juba II y nos dijo:

Este príncipe bereber trajo a los moros (habitantes del antiguo Marruecos), como ejemplo contagioso, la síntesis viva en su persona, elementos que conformaron la civilización de esa época, que él tenía maravillosamente bien asimilados. (Carcopino J., 1943: 31).

Muchas de las características de la personalidad de Juba II moldeadas y refinadas por muchos factores. En primer lugar, el factor de su infancia que le hizo sentir el dolor del cautiverio, el orfanato y su separación de su entorno familiar, puesto que fue privado de su familia y de su país a la edad de 5 años. El segundo factor consistió en su carrera científica, que fue brillante y, que le sirvió como ventana para proyectarse a horizontes culturales del antiguo mundo mediterráneo y adquirir un lugar respetable entre la élite intelectual y académica de su tiempo. El tercer factor fue la larga experiencia política en el ejercicio del poder en un difícil contexto local y regional, caracterizado por el dominio del imperio colonial romano en el norte de África antigua, debido a su posición geográfica

estratégica en la cuenca del mar Mediterráneo, latiendo el corazón del mundo antiguo. A pesar del largo período que Juba II pasó en el trono del reino del antiguo Marruecos □ cuya extensión política iba desde el oeste del océano Atlántico hasta el río Ampsaga hacia el este (Ued el-Kebir), cerca de Constantina en Argelia□, la fama de Juba II se destacó principalmente en el mundo antiguo, más bien, por sus contribuciones científicas que habían enriquecido campos de conocimiento de gran interés en su época. Si las preocupaciones del poder y la política a menudo se alejan de las del conocimiento, -en el caso de Juba II- se revierte esta ecuación. La historia reconoce que fue mucho más famoso por su conocimiento que por su reinado y su poder.

Desde el juicio de cautiverio hasta el trono

Fue hijo del rey amazigh Juba I, que resistió la codicia colonial romana en la región de Numidia, que se extendía aproximadamente entre el territorio de Ued-Muluya en Marruecos y Ued el-Kebir en Argelia. Cuando este rey fue derrotado por los ejércitos de un comandante militar romano llamado César en el año 46 a.C., su hijo Juba (conocido como Juba II), que tenía apenas cinco años, fue cautivado, encadenado y llevado a Roma. Fue exhibido ante el carro que precedía el desfile de la victoria dedicado a la celebración del triunfo de César en África, según las tradiciones romanas que glorificaban las grandes victorias con la organización de un desfile militar. Parece por estos eventos que el principito nació en el año 50 a.C., porque las fuentes históricas no mencionan su fecha de nacimiento, pero insisten en su edad cuando fue cautivado por los romanos, después de la derrota de su padre en la batalla llamada de Tapso Juba I, no aceptó esta derrota, y puso fin a su vida.

La conmoción fue grande para el principito, que había perdido a su padre y había sido privado de su familia y de su entorno (amazigh) para vivir en cautiverio en una familia extranjera con una cultura latina extraña para él y en el corazón de su Roma capital, donde recibió una educación severa, de acuerdo con las tradiciones de la clase que tomó el poder. Esta prueba tuvo un impacto psíquico decisivo en Juba II, y marcó su vida y su personalidad, hasta el punto de que algunos investigadores explican que, cuando ascendió al trono, muchas de sus actitudes y toma de decisiones no se correspondían con el interés de Roma, y eso era como consecuencia de las conmociones que habían marcado su infancia. Se sabe que la psiquiatría moderna ha demostrado la importancia del período de cautividad de Juba II (cinco años) en la formación de la personalidad individual.

Después de la muerte de César, el príncipe cautivo fue nombrado por el nuevo dictador Octavio, que fue el primer emperador romano en el año 27 a.C. al que el Senado le otorgó el título sagrado de Augusto según la costumbre romana. El emperador otorgó a aquel nómida el derecho a la ciudadanía romana, que requirió que Juba tomara el nombre y el apellido latinos del emperador, es decir, Caius Iulius. Cabe señalar que Juba II no usó, junto a su nombre original, el apodo latino Caius Iulius Iubae, excepto en lo relacionado con su vida privada. Cuando ascendió al trono del antiguo Marruecos, su moneda fue acuñada solo en su nombre original de Amazigh, Juba. Tampoco encontramos este apodo

romano en los tributos oficiales que se organizaron en su honor en lugares públicos. Incluso la mayoría de los esclavos que había liberado, después de su liberación, llevaban su nombre amazigh y su nombre latino; también el esclavo que Juba II ofreció al emperador romano Tiberio llevaba ambos nombres. Todo esto indica que Juba II estaba orgulloso de su nombre de origen, como era la costumbre de los reyes amazigh que lo habían precedido y que se habían unido a los nombres de sus antepasados, independientemente del grado de apertura cultural de la cuenca mediterránea.

La clase dominante amazigh siempre ha estado apegada a la preservación de sus nombres de origen. Incluso, cuando una familia de origen amazigh gobernó Egipto durante el siglo X a.C., los descendientes faraónicos de esta familia continuaron usando los nombres libios (amazigh) durante más de dos siglos. La actitud de Juba hacia el nombre latino, heredada de su protector, sugiere que, aunque aceptara a regañadientes la ciudadanía romana, no quiso alentar a sus súbditos a tomar nombres en latín.

La educación de Juba, el pequeño príncipe amazigh, en la corte romana, no se presentó como un caso particular, porque uno de los métodos coloniales utilizados por los romanos consistía en el cautiverio y el secuestro de los hijos de los reyes que se oponían a su política, con el objetivo de asegurar su lealtad futura a Roma.

El período de cautiverio de Juba II duró veintiún años (46 a.C.-25 a.C.). Esta etapa de su vida le permitió formarse y capacitarse en varios niveles, especialmente en lo militar, político y científico. De este modo, el príncipe cautivo se beneficiaba también de los privilegios de la clase aristocrática dominante y de las infraestructuras que ofrecía la capital de Roma, como centro de la cultura grecolatina. En el contexto de esta formación, fuentes históricas, como la Enciclopedia de Historia Romana de Dion Casio, citan que Juba II acompañó al dictador Octavio durante una de esas campañas militares en Oriente; es probable que se trate de la campaña militar de Octavio en Grecia, entre 31 a.C.-29 a.C., o de la campaña que llevó a cabo en España entre 26 a.C.-25 a.C.)

Juba II poseía los atributos de la personalidad que los romanos eligieron durante un período crítico de su proyección colonial en el norte de África. Tras la muerte de su padre en el 46 a.C., los romanos dominaron una parte de los territorios en poder paterno, mientras que la otra parte se anexó al reino del antiguo Marruecos, cuyo rey se había aliado con el victorioso ejército romano. Así, el reino se extendió sobre un vasto territorio y se dividió en una parte occidental y otra oriental. La primera fue llamada Mauritania Occidental (más tarde se llamará Mauritania Tingitana, en referencia a su capital, Tánger); aquel territorio se extendía desde Tánger hasta Ued Muluya. La segunda parte se denominó Mauritania Oriental (más tarde conocida como Mauritania Cesárea, en referencia a su capital, Cesárea) y se extendía desde Ued Muluya hasta Ued el-Kebir de Argelia en la actualidad.

En el 33 a.C., el reino de Marruecos, expandido en varios territorios, conoció un período de vacío de poder porque su rey Bouchus II al parecer había muerto sin dejar, de heredero

al trono. Roma aprovechó esta oportunidad para intervenir en el reino del antiguo Marruecos, especialmente porque ya había reforzado su control sobre las regiones estratégicas vecinas, incluida Hispania en el año 26 a.C. En este contexto, el emperador Augusto nombró a Juba II rey de una parte donde reinaba su padre, y anexó los territorios del reino del antiguo Marruecos unificado, es decir, los que se extendían desde el oeste del océano Atlántico hasta el río Ampsaga al este (Ued el-Kebir en Argelia). A pesar de la idea de que Juba II debía su entronización a los romanos, en realidad había un interés mutuo. De hecho, el príncipe cautivo había reconquistado sus derechos, al ascender al trono a la muerte de su padre, y la división de su reino, mientras que los romanos veían en él al gobernador cuya lealtad les permitía ejercer una especie de tutela sobre la región como preludio a su colonización definitiva. Parece que Juba II era consciente de que necesitaba un apoyo que pudiera legitimar la extensión de su poder para abarcar las tierras del reino de Mauritania (antiguo Marruecos), porque era el descendiente de la familia real de Numidia, cuyo poder nunca había llegado a aquellas regiones, aunque los moros y los nómadas formaban parte de los grupos humanos amazigh más antiguos del antiguo norte de África. Este rey había encontrado su linaje en la familia real más antigua del antiguo Marruecos, cuyo fundador, según las leyendas, es el rey Syphax, hijo del héroe Heracles y de Tingis (Tánger). Juba II creyó, a su vez, que su linaje se remontaba al de los héroes Heracles y Tingis, la viuda de Anteo, héroe legendario local, que defendió el territorio de los moros (antiguo Marruecos) contra cualquier agresión externa. El historiador de la antigua África del Norte, Stéphane Gesell, especificó que nada confirma que Heracles, cuyo nombre se menciona en el árbol genealógico del rey Juba II, sea Heracles el griego; especialmente, este rey nunca olvidó que era descendiente de un linaje norte africano. En este contexto, debemos mencionar lo que informó el autor de la Biblioteca Histórica, Diodoro de Sicilia, cuando hizo la distinción entre Heracles el libio (amazigh) y Heracles el griego. El apego de Juba a su origen africano local es evidente, según el investigador Stéphane Gesell, mencionado anteriormente, porque eligió una madre legendaria que era la heroína Libio (amazigh), Tingis, a diferencia de su padre Juba I, que creía que su madre era una heroína de origen griego. Cabe señalar que los lingüistas han descubierto que la relación de descendencia en la lengua amazigh se establece en referencia a la madre en lugar del padre. La palabra hermano, en este idioma, es gma, una palabra compuesta de la letra g, que es una partícula de relación, y ma que significa mi madre, por lo que la expresión literal significa [el que es] de mi madre (hermano). La palabra oltma, que significa hermana, también se compone de una partícula de relación otorgada a la femina, olt y ma, madre, y significa [eso] que es mi madre. Este linaje legendario no solo justificó la legitimidad del ascenso de Juba al trono del vasto reino del antiguo Marruecos, sino que también contribuyó a la sacralización que sus súbditos le habían otorgado, ya que había sido ascendido al rango de los reyes divinos. Quizás fue para anclar esta legitimidad que Juba II se comprometió a encarnar claramente este origen legendario en su moneda. Si confiamos únicamente en sus monedas clasificadas por el investigador Mazard, y cuyo número supera las 170 piezas, encontramos que el 30% de estas llevan símbolos que se refieren a este origen o aluden a ello.

Juba II permaneció en el trono del reino del antiguo Marruecos, cuyas fronteras eran muy extensas, durante casi medio siglo (25 a.C.-23 d.C.). Sin embargo, no adquirió los rasgos de su personalidad únicamente por su control del poder, que duró aproximadamente cinco décadas, sino también por su valor científico que le valió el merecido título de rey sabio. Esto no significa que la superioridad de Juba II en el campo científico sea una excepción en nuestra historia antigua, porque la población de África antigua, en general, y, especialmente, aquellos que estaban en la ribera de la cuenca mediterránea estuvieron constantemente en contacto con los centros científicos de esta cuenca, hecho que ha marcado la personalidad científica del Magreb desde los tiempos antiguos.

Juba II, rey erudito

Juba II no fue el primer rey amazigh en interesarse por la ciencia y la cultura en el antiguo norte de África, pero, sin duda, es el más famoso de entre ellos. Cuando el geógrafo latino Estrabón, en el siglo I d.C., evocó la personalidad de este soberano, lo resumió así: Juba se hizo famoso mucho más como sabio que como rey. De este testimonio, el famoso investigador francés Stéphane Gesell, especialista en historia de África antigua, sacó el título de uno de sus escritos más importantes sobre este rey, al final del último volumen (8), dedicado a la Historia de la antigua África del Norte, o su artículo publicado en 1927 en la *Revue Africaine*. De hecho, Juba II fue un verdadero erudito enciclopédico; por eso su nombre merecía ser inmortalizado en la enciclopedia de los filósofos de la antigüedad.

La trayectoria científica de Juba II no había comenzado en Roma, sino en la corte real de Numidia, en la ciudad de Cirta (Constantina, Argelia), la capital del reino de su padre. Su dominio de la lengua griega se debía probablemente al aprendizaje temprano de esta lengua en su lugar de nacimiento, ya que los reyes de Numidia estaban más abiertos al mundo griego. El investigador Desange dice en este sentido:

Solo un aprendizaje muy temprano del griego en la corte de Cirta puede explicar que Juba II, llegado a Roma a la edad de 5 años, escribiera todas sus obras en griego, y no en latín, una lengua en la que él también vio al griego corrupto.

No debe olvidarse que Juba II fue descendiente de una familia real conocida por su sabiduría. Su tío, el rey Numid Impsal, poseía famosas bibliotecas científicas, que pudieron haberlo animado a perseverar y aprender. Además de la lengua materna libia (amazigh), que su padre podría haber tenido que cuidar, así como su nombre amazigh, Juba II había profundizado en su aprendizaje de las lenguas griega y latina, que había aprendido en Roma, y a través de las había aprendido antes, mejor, el lenguaje de Homero. Su largo exilio forzado en Italia fue una oportunidad favorable para aprender. Después de su entronización, no rompió su vínculo con el conocimiento, en pro del que había destinado todos sus recursos materiales y su poder en vigor. A pesar de su educación recibida en el corazón de la capital de la lengua latina y en un entorno muy unido a esta

lengua, constatamos que todas las obras de Juba II fueron escritas en lengua griega. Esta paradoja se explica por el hecho de que esta última fue la lengua de la elite educada en el mundo antiguo de la época. Pero no se excluye que Juba eligiera deliberadamente la lengua de Homero para evitar escribir en la lengua de los enemigos y asesinos de su padre, además de ser los colonizadores del país de sus antepasados. Muchas pistas extraídas de su vida pública y privada muestran que había usado la pluma para expresar una especie de resistencia cultural.

Hay muchas razones para creer que Juba fue motivado por grandes aspiraciones. Stéphane Gesell señala:

Aspiraba a la fama literaria. En ese momento, entre los griegos y los latinos, había escritores con un prodigioso poder de trabajo y fertilidad; algunos consagran lo mejor de sus vidas a un trabajo colosal, como el historiador Livy/ Livio y el compilador Diodoro de Sicilia ... (Gesell Stéphane, 1928: 260).

Según el testimonio de sus contemporáneos, merecía esta reputación científica. De hecho, Juba fue un gran historiador hasta el punto de que Plutarco, que es reconocido por haber marcado los escritos históricos de la antigua civilización griega, dijo en sus palabras: Juba es uno de los historiadores griegos más sabios. Su clasificación a la cabeza de los historiadores de Grecia, donde la ciencia de la historia se desarrolló de manera temprana desde Heródoto (llamado padre de la historiografía), no es una cosa de menor importancia; se debe a la profusión de su producción histórica, que abarca las regiones más importantes del mundo de su época, y dictada también por su dominio de la lengua griega con la que escribió sus obras históricas. Amplius lo designó "rey de las letras" (Iubae Rex Litteratissimus), y Flavio Josefo dijo de él, en su libro La historia de los judíos, que había dedicado toda su vida a la ciencia. Aténé reconoce que su entrenamiento fue muy diversificado. Con respecto a los testimonios de investigadores contemporáneos, el autor del Antiguo Marruecos, J. Carcopino, escribió:

Dotado de la inteligencia plástica de su raza, sobresalió en todos los ejercicios a los que sus preceptores la habían quebrantado, con predilección marcados por la lengua y la literatura griegos.

En general, aquellos que escribieron sobre la historia de la ciencia y los estudiosos de la antigua Grecia consideran a Juba II como un autor griego, basándose en el criterio de la lengua en la escribió. Pero si tenemos en cuenta su origen y su país, podemos considerarlo como uno de los amazigh africanos que sentaron las bases de la escritura griega, como hoy cuando hablamos de la literatura magrebí de expresión francesa.

Juba II puso todos sus recursos al servicio de sus ambiciones científicas. De este modo, organizó expediciones científicas y generó donaciones a sus asistentes, que trabajaban junto a él en el campo de la investigación científica. La historia señala que había enviado misiones de exploración a las islas canarias y a las montañas del Atlas, al

sur de su reino, en busca de fuentes del Nilo, que se creía que procedían de estas cordilleras. Para comprender el valor científico de estas misiones, debe saberse que la cuestión de las fuentes del Nilo y la posibilidad de recorrer África por mar formaban parte de las principales cuestiones científicas que estaban sujetas a debate en ese momento de Juba II. No olvide tampoco que las islas canarias (también conocidas como las islas felices) son el punto más extremo de la tierra al oeste del mundo conocido, de donde salió el geógrafo Ptolomeo cuando definió las primeras coordenadas del globo. Así pues, la presentación de datos geográficos sobre las regiones en las que Juba II estaba interesado, durante sus misiones científicas, fue un paso en el curso de las exploraciones geográficas que la humanidad ha conocido a través de la historia. Se puede decir que la posición del antiguo Marruecos alentó a cualquier explorador con inclinaciones científicas a participar en la evolución del conocimiento geográfico. Esto es lo que Juba II explotó por todos los medios a su disposición. Juba II consideró, durante su misión científica en las montañas del Atlas, examinar los datos de los libros cartagineses, púnicos, que decían que las fuentes del Nilo provenían de las Montañas de Plata en el lado oeste, cerca del océano Atlántico. Los resultados fueron significativos y prometedores para el rey; se apresuró a difundirlos, como lo atestiguan sus contemporáneos interesados en la geografía de la Tierra, como Plinio el Viejo, el autor del libro Historia natural. Según la investigación de Juba II, el flujo del Nilo en realidad provenía de una de las montañas más bajas de Mauritania (el Gran Atlas) que los habitantes de la región llaman Diris (según la pronunciación griega), que corresponde al nombre amazigh actual, es decir, drn. Aún de acuerdo con los resultados de las investigaciones de Juba, las aguas del Nilo, cuando descienden de las cumbres del Atlas, forman un lago donde viven variedades de cocodrilos que se asemejan a los que viven en el Nilo en Egipto. Esto confirma aún más su teoría del origen de las aguas de este gran río. Dada la importancia de esta evidencia, se trajo un cocodrilo del sur de Marruecos y se alzó en el templo de la diosa Isis, en la capital del reino de Iol (Cesárea). Se sabe que este templo, dedicado a la adoración de una de las diosas de los faraones, fue construido por Juba II en honor de su esposa. No debemos olvidar aquí la importancia dada por la antigua religión egipcia al Nilo. Entre las demás pruebas que Juba presentó para revalidar su teoría, concerniente a las fuentes del Nilo en el sur del antiguo Marruecos, existía la coincidencia de la estación de las inundaciones de este río, en Egipto, con el período de la caída de las nieves en las montañas de Mauritania, es decir, sobre las cadenas del Atlas. El autor del libro Historia natural tuvo el mérito de registrar los resultados de la misión de Juba II para descubrir las islas canarias. El rey Juba II equipó su expedición desde la Argelia Púrpura (Essaouira ahora) y recorrió un camino que muestra cómo se había beneficiado del conocimiento de la gente de la región sobre las condiciones de navegación y los peligros que estas condiciones representaban en las costas del océano Atlántico. Por otro lado, algunos miembros de esta población pueden haber sido parte de la tripulación de su expedición. Plinio, citando a Juba, dijo:

Las islas felices se encuentran en el lado sur, después de una milla al oeste de las islas púrpuras, a una distancia de 625 millas. Por lo tanto, la dirección de navegación era hacia el oeste, a una distancia de 250 millas, luego hacia el este a una distancia de 375 millas.

Los estudios han demostrado que navegar en línea recta desde la isla de Essaouira a las islas canarias enfrenta a los barcos con una poderosa corriente oceánica que los empuja hacia la costa. Por lo tanto, la navegación de la tripulación exploradora de Juba hacia el oeste en una distancia de 250 millas empujaba a estos barcos a enfrentarse con una corriente marina que venía del norte y se dirigía hacia el sur hacia las islas felices. Esto refleja una experiencia importante en la navegación entre estos dos puntos. Plinio el Viejo relató otros detalles proporcionados por la expedición de Juba en cada isla de este archipiélago, en relación con sus características micro climáticas, su riqueza vegetal y animal y los dos perros grandes cuya raza es característica de las islas canarias, que la expedición trajo de vuelta consigo. A pesar de esto, la tripulación de Juba no pudo visitar las tres islas al oeste del archipiélago; parece que eran desconocidas. No debemos olvidar que las islas canarias formaban parte del antiguo espacio amazigh, como lo demuestran los datos arqueológicos y lingüísticos, porque constituían, junto con las costas marroquíes al sur, un área lingüística y cultural unida. Lo que se dice, sobre el insuficiente arraigo de la relación de los marroquíes con el mar y la influencia de esta relación en la formación de la personalidad marroquí, requiere cierta precisión. De hecho, esta relación varía según las condiciones de cada etapa histórica. Con respecto a los tiempos antiguos, encontramos que los habitantes del antiguo Marruecos se abrieron al océano Atlántico y se asentaron en sus islas más grandes, así como el mar Mediterráneo no era un obstáculo para su comercio y sus movimientos. Juba también realizó viajes científicos a Grecia y a los países de Oriente; como parte de su investigación sobre la historia del teatro, los asirios y el país de Arabia fueron temas a los que Juba II dedicó más de un libro. Aunque las fuentes históricas no mencionan explícitamente estos viajes, hay evidencias que respaldan su existencia. Entre las pistas convincentes sobre el desplazamiento de Juba en el antiguo Oriente, se encuentra su segundo matrimonio con la hija del rey Arquelao, rey de Capadocia (Grecia), cuando tenía cincuenta y seis años. Es muy probable que Juba conociera a la princesa en la corte de su padre. Las preocupaciones científicas fueron su punto en común, porque ambos reyes eran famosos por su genio científico. Por lo tanto, no podemos descartar el hecho de que estas preocupaciones los unieran. Carcopino no ignora, en su libro *El antiguo Marruecos*, la idea de que Juba hubiera hecho un viaje al este, entre 1 a.C.-4 a.C., en el que habría conocido a □ y se habría casado con □ la bella princesa, según su expresión. Juba gastó no solo grandes sumas de dinero para propósitos de expediciones científicas sino también para su biblioteca privada y su conservación:

Atrajo a un nutrido grupo de intelectuales y artistas griegos (...), científicos que recorrieron el mundo para enriquecer su biblioteca de los manuscritos más raros (Ghazi Halima, 1992: 154).

Un rey sabio y un erudito de esta magnitud debía poseer una biblioteca digna de su rango y de sus medios, y también tener un gran número de colaboradores, que disfrutaron, además, de su gran consideración. Debido a que la realización de un proyecto científico tan gigantesco como aquel requería de un gran equipo de copistas y asistentes cualificados, y dada su pasión por la ciencia, tenía la reputación de comprar los manuscritos, que pagaba generosamente tanto, que los falsificadores intentaron estafarlo sin escrúpulos, sin importarles su estatus como rey. Un día, un estafador le vendió un manuscrito falsificado con gran precisión al atribuirlo a Pitágoras. Este incidente es indicativo de la magnitud de la pasión del rey Juba por los manuscritos griegos, que probablemente constituían la mayor parte de su biblioteca, que también contenía manuscritos en latín. Quizás también había heredado los fondos de las bibliotecas cartaginesas que su abuelo había construido, ya que también conocía el idioma púnico. No es sorprendente que al final de su vida Juba apareciera como una personalidad científica.

A la edad de 60, Juba parecía un viejo erudito, bondadoso, y no un rey poderoso. ¿No fue comparado durante su vida con "un ratón" de biblioteca? (Ghazi Halima, 1992: 145)

Juba II escribió en varios campos, como historia natural, filología, geografía, botánica, filosofía, zoología, dramaturgia, pintura, música y otras ciencias; que muestra claramente la profusión de su conocimiento. Tampoco descuidó el campo de la poesía. Quintiliano y Ateneo, que contenían la información de Juba II, informaron de que había enviado un poema a un comediante griego, llamado Leonteo de Argos, a quien había convocado previamente para representaciones teatrales, donde se burló de él porque, después de haber comido demasiado antes de subir al escenario, no había desempeñado correctamente su papel. El investigador Stéphane Gesell cree que la representación teatral fue un tipo de entretenimiento que el rey regalaba a su cuerpo y a su mente, para relajarse después de completar sus estudios y sus arduas investigaciones. Es imposible hacerse una idea del valor científico de Juba II antes de indagar sobre su producción científica, que sus contemporáneos y sucesores inmortalizaron. Desafortunadamente, no nos ha llegado ningún trabajo integral de él, a pesar de la profusión de su producción. Se mencionan nueve títulos de sus obras, incluyendo algunos en varios volúmenes, como es el caso de La historia del teatro, que tiene 17 volúmenes. Los investigadores son casi unánimes en el hecho de que los escritos de Juba superaron con creces los que se le atribuían, porque una de las tradiciones de los eruditos antiguos era no mencionar todas sus fuentes. Los libros de Juba mostraban el alcance de su conocimiento. Fue considerado un espíritu enciclopédico, un calificativo que se extendió en la antigüedad y con el que se designó a científicos famosos. Se distinguió a sí mismo de todos los historiadores de la época por un trabajo sobre el país de los libios (según el nombre de la época antigua, es decir, el país de los amazighs) que había titulado Libyca. Algunos investigadores sostienen que este libro fue un homenaje dedicado a su país y al de sus antepasados para glorificarlos. Fue la primera vez en la historia que un libro entero se dedicó exclusivamente a esta región, que anteriormente se había mencionado de manera incidental en la historiografía

dedicada más bien a ciertos pueblos de la cuenca mediterránea, como los egipcios, los fenicios, los cartagineses y los romanos. Es por esta razón que se dice que la historia de los antiguos amazigh se registró en los márgenes de la historia de otros pueblos. Dada la peculiaridad del libro, *Libyca*, y su importancia para la historia de los antepasados de Juba y su país, el autor de *La historia de la antigua África del Norte*, Stéphane Gesell, expresó un gran pesar por la pérdida de este libro al decir:

El tratado cuya pérdida nos causa más arrepentimiento es el que el rey había titulado *Libyca*.

Entre las otras obras de Juba, está *Arábicas*, dedicado al país de los árabes. Probablemente se basó para su composición en los documentos de la Biblioteca de Alejandría, que contenían datos sobre las regiones contiguas de Egipto. La alianza de Juba con la familia gobernante de esta ciudad, considerada un gran centro cultural, le permitió frecuentar sus círculos científicos y llevar a los eruditos de su palacio imbuidos de la cultura griega. Como dominaba las lenguas griega y latina, Juba escribió un libro sobre la historia de la lengua que había titulado *Similitudes*, en el que defendió el origen griego de la lengua latina, puesto que consideraba que el latín en conjunto se compone de distorsiones de los significados y de palabras de la lengua griega. Su pasión artística y su gusto refinado lo llevaron, con toda probabilidad, a escribir un libro sobre el teatro y otro sobre la tragedia. Juba también estaba interesado en la historia de los romanos, porque se le atribuyen dos libros cuyos títulos son similares: *Arqueología romana* e *Historia romana*; algunos investigadores han deducido que se trata de un solo libro. Las obras del rey Juba II marcaron el panorama científico durante aproximadamente diez siglos, en la medida en que fueron una fuente de información tanto para sus contemporáneos como para sus sucesores entre los estudiosos, desde el siglo I d.C., con Plinio el Viejo, autor de *Historia natural*, que lo había citado treinta y ocho veces, hasta el siglo X d.C., con Suidas. Algunos estudiosos han señalado los errores científicos de Juba en sus aportaciones cualitativas, pero no debemos olvidar que la historia de la ciencia es la de los errores de la ciencia.

En reconocimiento de esta trayectoria científica de Juba II el título de su libro, *Libyca*, fue asignado a una revista especializada en historia del antiguo norte de África. Además, la botánica ha reconocido el estado pionero de este sabio rey en esta área, considerándolo como el descubridor de una planta medicinal que crece en las montañas del Atlas, y a la que le había dado el nombre de su médico personal. Dio a conocer esta planta a los círculos científicos de su época, escribiendo un tratado que mostraba sus virtudes medicinales y sanitarias. Por esta razón, el nombre de Juba se agregó al nombre científico de un tipo de esta planta, llamada *Euphorbia Jubata*, que los marroquíes todavía usan en la medicina tradicional. Esta planta se llama *tikiwt* en amazigh y *daghmous* en dialecto marroquí. La miel extraída de ella se encuentra entre las mejores y las más caras, y es uno de los tipos más comunes de miel utilizados en el tratamiento de enfermedades. Además,

el nombre de Juba se ha agregado a la lista de la enciclopedia de los filósofos del mundo antiguo, como lo indicamos anteriormente.

La apertura de Juba II a las culturas de los pueblos de la antigua cuenca mediterránea

La apertura hacia el antiguo mundo mediterráneo fue uno de los rasgos dominantes de la personalidad de Juba II y del período de su reinado. Observamos estos rasgos en su formación cultural y en su vida privada, así como en las relaciones políticas y económicas de su reino. Debe recordarse que la familia real nómada, de la que descendió Juba, tuvo fuertes relaciones con el mundo griego desde principios del siglo II a.C. Hay investigadores, como hemos mostrado anteriormente, que creen que Juba dominó la lengua griega gracias a su aprendizaje temprano en la corte nómada, donde probablemente enseñaban el griego a los príncipes a una edad muy temprana. Los matrimonios de Juba contribuyeron a la consolidación de sus relaciones con las culturas del mundo mediterráneo. A la cabeza, su matrimonio con Cleopatra Selene (Selene significa luna), hija de Cleopatra, reina de Egipto, unos cinco años antes de su acceso al trono del antiguo Marruecos, es decir, en 19 a.C. El príncipe nómada conoció a la princesa, cuyos orígenes eran greco-egipcios (por su madre) y de origen romano (por su padre), en la corte imperial donde habían vivido juntos la experiencia del exilio y la expatriación; ella también fue conducida a Roma, cautiva y encadenada, a la edad de 11 años, cuando sus padres fueron asesinados en el 29 a.C., antes del desfile del triunfo de Octavio, que había derrotado al líder militar Marco Antonio y Cleopatra, la reina de Egipto. Como recordatorio, los romanos, durante sus guerras en el este y el norte de África, capturaron a los príncipes, los tomaron como rehenes y los educaron para asegurar su lealtad a los gobernantes de Roma. En estas circunstancias, el príncipe amazigh se reunió con la princesa en la corte del emperador Augusto, quien había confiado su educación a su hermana Octavia. Esta última desempeñó un gran papel en su matrimonio, con la bendición del emperador, ya que había llamado la atención de su hermano sobre el hecho de que, al casarse los dos príncipes, se convertirían en fieles servidores de Roma. Dada la importancia de este evento, Juba lo había inmortalizado en sus monedas en el sexto año de su reinado, que corresponde al año 20 a.C., acuñando monedas en un lado con su efigie, y en el otro con la efigie de la reina Cleopatra. Pero en otras monedas, esta última aparecía sola, con su nombre y su título de reina. En ambos casos, es decir, con su esposo o sola, su nombre estaba escrito en griego. Además de la legalización oficial de este matrimonio en la moneda del reino, este evento no podía pasar sin ser celebrado por los poetas de los tiempos antiguos, como lo hizo el poeta Crinágoras de Mytilene. También parece que las estatuas de la esposa de Juba se erigieron en la capital del reino, donde se encontró una estatua de mármol que encarnaba el cuerpo de una mujer que llevaba una corona. Por lo tanto, es muy probable que sea la de Cleopatra, la esposa del rey. Los investigadores estaban interesados en los significados de esta moneda oficial acuñada con la efigie de la esposa del rey y su título de reina (rex), porque fue un acontecimiento sin precedentes en la historia de los antiguos reinos amazigh. No conocemos a ningún rey de aquellos tiempos y reinos, a excepción de Juba II, que emitiera su moneda con el nombre y efigie

de su esposa. Los historiadores se han preguntado sobre el secreto de escribir su nombre en griego en lugar de latín. Algunos explican esto por el hecho de que Cleopatra Selene no era considerada como el común del palacio, serrallo, ya que era la única esposa del rey con poderes simbólicos, cuya legitimidad provenía de pertenecer a la familia real faraónica de los Ptolomeos. Sin embargo, ella no gozaba de derechos políticos en el sistema de gobierno. Lo que respalda esta opinión es la ausencia de datos históricos que muestren que ella estuviera encargada de las misiones oficiales. En cuanto a la emisión de una moneda que lleva su nombre y título de reina, parece que fue solo debido al reconocimiento de su estatus de reina, heredado de su familia que reinó en Egipto. Cualesquiera que sean las diversas interpretaciones no niegan la influencia de la personalidad de Cleopatra en las tradiciones reales de la corte mauritana. Con respecto a su resistencia a la cultura romana y su lengua □a pesar de pertenecer a esta cultura por parte de su padre Marco Antonio□ y sobre su insistencia en que su nombre no apareciera en la lengua latina en la moneda oficial, algunos investigadores piensan que esta actitud puede estar justificada por el sufrimiento que había experimentado durante su infancia, ya que los romanos habían asesinado a sus padres, la habían hecho cautiva y la habían llevado a la capital, Roma. Esta experiencia la dejó apegada a su cultura, mostrando una hostilidad definitiva hacia la cultura romana. Probablemente compartió esta resistencia con su esposo, porque él también utilizó, al principio, la lengua griega en la moneda oficial, pero rápidamente renunció a ello por el latín. La explicación que nos permite comprender esta renuncia es que Juba pudo haber sido consciente, solo o bien con el apoyo de algunas señas, de que había exagerado su oposición a los intereses de los gobernantes de Roma, y del peligro que esto constituía para su reinado. Pero su esposa no se opuso a su elección de que su nombre se inscribiera en griego en su moneda; probablemente porque no era oficial. El papel de esta poderosa mujer apareció nuevamente en la elección del nombre del príncipe heredero, para quien ella prefirió un nombre griego (Ptolomeo), en memoria a sus antepasados. Es el único en la historia de los antiguos reinos amazigh que ha traído un nombre extranjero al entorno local amazigh.

Los reyes amazigh, anteriores a la llegada del islam, han permanecido, a través de su dilatada historia, unidos a sus nombres originales, pero cuando las familias amazigh gobernaron Egipto, durante más de dos siglos (945 a.C.-710 a.C.) los faraones de ambas familias 22 y 23 llevaron solo nombres libios, como hemos mostrado anteriormente. Así, la reina Cleopatra Selene eligió el nombre de Ptolomeo para el príncipe heredero. Quince faraones habían llevado este nombre durante el reinado de los Ptolomeos, cuyos orígenes son griegos y que gobernaron Egipto entre 332 a.C.-30 a.C., casi tres siglos. Entendemos los significados simbólicos que el nombre del príncipe heredero podría tener durante su reinado, ya que los habitantes de Atenas habían inscrito en el epígrafe de una estatua erigida en su memoria: El rey Ptolomeo, hijo del rey Juba y descendiente del rey Ptolomeo, es decir, descendiente del fundador griego de la familia de los Ptolomeos, que había gobernado el Egipto faraónico. Sin embargo, Ptolomeo, hijo de Juba no dejó de demostrar su apego a las tradiciones de sus antepasados nómadas (amazigh), y se

desvinculó de las costumbres romanas: al no cortarse la barba. Así, se apartó del camino de su padre Juba II, que había reemplazado la tradición de sus antepasados por la de los griegos y romanos, que tenían la costumbre de cortarse la barba. Su resistencia a las tradiciones de Roma y su proximidad a sus súbditos probablemente precipitaron su asesinato por el emperador romano Calígula, en el año 40 d.C., así como la anexión definitiva del reino del antiguo Marruecos a Roma.

Entre otras influencias mediterráneas sobre el reino de Mauritania, debido al matrimonio de Juba II y de la joven Cleopatra, está el culto a la diosa egipcia Isis. El autor del libro *Historia natural* citó que la capital del reino de las Cesáreas poseía un templo de esta diosa (Plinio el Viejo, libro V, § 51); lo que indica la presencia de seguidores de esta religión o el deseo de atraerlo. También podría ser un simple homenaje presentado a la primera dama del palacio a través de la construcción de un edificio religioso en su honor. Es en este templo donde se puso un cocodrilo, traído desde el sur del actual Marruecos; se colocó como prueba tangible, según Juba II, de que el Nilo encontraba su origen en las montañas del suroeste del reino. Parece que este templo desempeñó un papel importante en la difusión de esta religión egipcia en el reino, especialmente en la capital de Cesárea, donde se descubrieron muchas estatuas de mármol y bronce que mostraban la continuidad de la adoración a la diosa Isis mucho después de la muerte de la esposa del rey. Los arqueólogos también han encontrado, en la capital de Juba II y sus regiones, estatuas de personalidades egipcias de gran importancia para Cleopatra Selene. Probablemente algunas de estas estatuas se trajeron de Egipto. Esto nos lleva a creer que se erigieron en su honor para recordarle su país de origen. Las monedas en las que Cleopatra aparecía, sola o con su esposo, constituyen otra área a través de la que observamos la influencia de las tradiciones de la corte de Mauritania en su homónima egipcia. Se grabaron en estas monedas símbolos relacionados con la adoración de Isis y, a veces, con la serpiente egipcia sagrada. En general, hay una gran cantidad de piezas con dibujos que le recordaban a la reina su país de origen y testimonian su fidelidad a las creencias de sus antepasados. Probablemente, todas estas pruebas van en la dirección de quienes creen que el nombre Palacio del Faraón, atribuido por las fuentes de la Edad Media a la ciudad de Volubilis, se otorgó de hecho en memoria de este matrimonio, que consolidó las relaciones entre el palacio faraónico y su homónimo mauritano. Cabe destacar aquí que algunos estudiosos argumentan que Volubilis era la segunda capital de Juba después de Cesárea; otros piensan que era una residencia real que ocasionalmente ocupaba. Después de la muerte de Cleopatra Selene, Juba II se quedó viudo durante unos seis años; cuando decidió casarse por segunda vez, a la edad de 56 años, eligió una griega de una familia real. Las fuentes antiguas no nos informan sobre las circunstancias del matrimonio del rey del antiguo Marruecos con la princesa Glaphyra, hija de Arquelao, rey de Capadocia, después de la muerte de su esposo, el príncipe Alejandro, hijo de Heródoto. Algunos piensan que el viaje de Juba II a las tierras griegas que se efectuó entre los años 1 d.C.-4 d.C. probablemente habría estado en el origen de su encuentro con esta princesa; otros creen que fueron los intereses científicos mutuos de ambos reyes los que ayudaron a tejer

sus lazos personales y en este contexto Juba II pidió la mano de la princesa. Este matrimonio no duró mucho. Según Halima Ghazi, lo que quizás justificó un apresurado divorcio fue que a la princesa no le gustó la posición marginal que tenía en la vida del rey del antiguo Marruecos, apasionado por la ciencia, a la que ha dedicado todo su tiempo. Otros eruditos aún creen que Juba había sido seducido por la belleza resplandeciente de Glaphyra, que era viuda y mayor que él, cuando la vio en el palacio de su padre. Pero este amor pronto se extinguió y él la repudió mientras aún viajaba por Grecia. Así, ella no pudo acompañarlo a su reino. Cualquiera que sea la causa de esta separación, las fuentes históricas hablan, después de este divorcio, de una tercera esposa de Juba, llamada Regina Urania. Su nombre muestra que ella era griega, o al menos de una familia de la cultura griega. Por la situación social de esta reina, que era una esclava liberada, parece que Juba abandonó, a la edad de 57 años, la idea de casarse entre familias reales, para interesarse al final de la vida por otras escalas de la pirámide social. Quizás una mujer de aquel rango se casaría con un rey anciano que dedicaba la mayor parte de su tiempo a la ciencia. Sea como fuere, debe notarse que las dos últimas esposas Glaphyra y Urania no tuvieron influencia en los asuntos de poder, como fue el caso de la primera esposa Cleopatra de Selene. Lo que corrobora quizás este punto de vista es que la segunda y tercera esposas de Juba II no aparecen en la moneda del antiguo Marruecos, a pesar de que Glaphyra pertenecía a una familia real.

Entendemos el profundo impacto de la cultura helénica en la personalidad de Juba a través de diversos aspectos, ya sea en sus logros o en su vida privada. Las estadísticas muestran que dos tercios de los setenta y cinco personajes famosos cercanos al rey tenían nombres griegos, incluidos sus guardias personales. Aunque es difícil decir con certeza que toda la corte de Juba II era de origen griego, sin embargo, incluyó en su seno a aquellos que pertenecían a círculos influenciados por la cultura helénica. En cuanto al médico personal del rey, probablemente fuera griego y se llamara Euphorbos, hermano del médico personal del emperador romano, Augusto.

Juba II también fue conocido por su afición a los espectáculos. Por este motivo, traía a actores y actrices de Grecia. Uno era de Argos, llamado Leonteo de Argos, a quien convocó para representar una tragedia. Este rey del antiguo Marruecos tenía un gusto muy refinado por el arte del teatro; traía a mujeres a cargo de los trajes de los actores. En una ocasión, se burló del citado actor de la tragedia en un poema porque no había desempeñado correctamente su papel. Es quizás este sabor lo que explica por qué Juba dedicó una de estas obras al teatro y construyó en su capital un teatro de gran estilo. Es muy probable que trajera a artistas famosos de Grecia para su decoración. Parece que Juba II siguió los pasos de su abuelo, el rey Masinisa, que traía grupos de artistas griegos para animar las fiestas en su palacio en la capital, Cartago. La influencia de la cultura grecorromana en Juba II también se manifestaba en su peinado y en el maquillaje de su rostro. Se sabe que los reyes amazigh, al igual que sus súbditos, se dejaban crecer la barba y el cabello, de acuerdo con sus tradiciones como lo demuestran las monedas acuñadas en su efigie, desde finales del siglo III a.C. Juba II había roto esta tradición arraigada en

la cultura norteafricana al figurar en su moneda con la cara rasurada y pelo corto. Según Gesell :

Juba, al adoptar la moda grecorromana de esa época, abandonó la barba, como lo habían hecho su padre y sus antepasados, y como hicieron la mayoría de sus súbditos; también renunció a estos complicados andamios de pelo, esas filas de bucles simétricos que amaban moros y númeridas (Gesell, S., 1928: 216).

Respecto a costumbre antes citada, el rey Ptolomeo, hijo de Juba II, no siguió la tradición de su padre, ya que abandonó el estilo de peinado romano, en favor del de los antepasados de su padre. Lo que es extraño es que después de la muerte de Juba II, su hijo erigió en su capital, una estatua de alabastro, donde aparece con su corona real y su larga barba, según la antigua tradición númerida. ¿Fue a petición de su hijo que quiso, tal vez, borrar la imagen del padre que no se correspondía con las tradiciones reales ancestrales?

En términos de logros, Juba II había traído a muchos ingenieros y artistas griegos, como parte del proyecto de reurbanización de la capital, Jol, que se basó en el modelo arquitectónico de ciudades helénicas (Ghazi Halima, 19992: 150). Gesell señala que la cantidad de magníficas estatuas de mármol descubiertas en el sitio de Cherchell en Argelia, la antigua Jol, no se encuentran en ninguna de las ciudades del antiguo norte de África; lo que demuestra la gran importancia que Juba II le concedió a la decoración de palacios y edificios públicos. Dado el gran número de estas esculturas artísticas, algunos estudiosos creen que Juba II tenía, quizás, un museo real, donde estaban representados todos los tipos de escuelas de arte griegas.

Vemos claramente la apertura de Juba II a los pueblos de la cuenca mediterránea y sus culturas y la consideración que le dieron a través de los tributos que recibió en algunas de estas regiones. Parece que, durante una de sus expediciones científicas, los habitantes de Atenas le rindieron un homenaje erigiendo una estatua conmemorativa en su honor, en una plaza pública, cerca de una de las bibliotecas, lo que fue significativo por su rango científico.

Cádiz, Cartagena, en Hispania, pidieron a Juba que aceptara honorablemente el puesto más prestigioso de su sistema municipal, por un período de un año, al ocupar el puesto de *dunviro*; este honor probablemente fue dictado por intereses económicos, ya que la península ibérica dominó la mayoría de las transacciones comerciales con el reino del antiguo Marruecos. Cartagena pensó en homenajearlo con la erección de una estatua conmemorativa, inscribiendo los nombres de sus antepasados númeridas, desde su abuelo Masinisa. Además de estos tributos, algunos romanos, que, probablemente, eran comerciantes o empresarios, erigieron estatuas conmemorativas con inscripciones en caracteres latinos, en honor a este rey y su hijo. Estos homenajes, descubiertos en Béjaïa (Salda), Argel y Cherchell (Jol), reflejan un testimonio de respeto, consideración y de reconocimiento.

Juba, rey deificado

No estamos muy interesados en las políticas seguidas por Juba II en su ejercicio del poder. Sin embargo, cualquier evaluación objetiva de esta política debe tener en cuenta el contexto de su entronización y, sobre todo, la dominación romana de la cuenca mediterránea y su compromiso para completar su proyecto expansionista, que tenía como objetivo la colonización del antiguo Marruecos. Los estudios históricos coinciden en que el período del reinado de Juba II fue transitorio y que Roma consideró que no se cumplían las condiciones para apoderarse definitivamente del antiguo Marruecos. Esto fue posible sesenta y cinco años después de la fecha de su entronización, cuando el emperador Calígula asesinó al rey Ptolomeo, hijo del rey Juba II, el último de los reyes del antiguo Marruecos independiente del dominio romano. Juba II se vio obligado a mostrar su lealtad al emperador romano, Augusto; por lo tanto:

Juba le dio testimonio, en todos los aspectos, de su gratitud, que estaba en consonancia con su interés (Gesell, S., 1928: 224).

Si la política tiene sus requisitos, los estratos sociales gobernados no pueden soportar para siempre lo que los abrumba. Teniendo en cuenta esto, podemos comprender las revueltas que libraron los habitantes de las regiones del sur, conocidas como Gétules, contra el rey y los romanos ocuparon partes del norte de África, donde se asentaron. El historiador romano Dion Casio citó al respecto:

Los getulos se rebelaron contra Juba y se negaron a obedecer a los romanos (...) Mataron a varios de ellos que los habían combatido (La historia romana, libro 55, § 28, 4).

Entre las revueltas más peligrosas que tuvo que afrontar Juba II, probablemente se encontraba la que lideró el insurgente Tacfarinas, durante cuatro años, entre 17 d.C.-24 d.C.

Juba II, junto con sus aliados romanos, murió sin poder sofocar una de las revueltas más famosas de la época de los reinos amazigh, antes de la llegada del islam. A pesar de esta coyuntura, este rey erudito nunca se postró ante los romanos. El historiador Stéphane Gesell constató que no temía que se registrara, en el frontón de los establecimientos oficiales, que era hijo de Juba I, el peor enemigo del emperador romano. También, al comienzo de su reinado, inscribió su nombre libio (amazigh) en sus monedas en lengua griega y no en latín, lengua de los romanos, que lo colocó en el trono del reino de Mauritania. Sin embargo, el rey pronto abandonó esta tradición en favor del latín. Tal vez sintió la exageración de su terquedad opositora al imperio que dominaba la cuenca mediterránea. A pesar de esto, incluso en las monedas que se acuñaron con su nombre y en su título de rey en latín, lengua de los romanos, las fechas que se refieren a los años de su reinado estaban inscritas en lengua griega. Vemos, a partir de las imágenes grabadas en algunas de sus piezas, una especie de glorificación de su tierra natal, como las

imágenes de África (Tazi Saoud, 2007: 206) y los animales que la representan como el elefante y el león.

Muchos indicadores muestran que la era del rey Juba II y su sucesor, fueron períodos de prosperidad económica. Plinio el Viejo nos informa de que en el año 1 d.C., este rey había construido talleres de pintura púrpura en la costa del océano Atlántico, al sur de la ciudad de Salé, en el lugar llamado Purpurariae Insule, que los estudios contemporáneos identifican con la isla de Essaouira. De estas islas surgió el tinte púrpura, que se usaba principalmente en la fabricación de ropa de lujo, tanto que se consideraba la mejor púrpura del mundo antiguo, y que los poetas romanos, griegos y otros han elogiado en sus poemas. La historiografía señala que un atuendo de púrpura dorado del gobernante del antiguo Marruecos, el rey Ptolomeo (hijo de Juba II) fue la causa de su asesinato porque provocó la ira del emperador Calígula, que no aceptó, durante una recepción oficial, que la vestimenta de Ptolomeo estuviera al mismo rango de ostentación que la del gobernador de Roma.

Los talleres hicieron renacer la actividad del puerto del antiguo Mogador Es quizás en esta región, todavía conocida hoy en día por la industria de la ginebra, donde floreció la fábrica del mueble. Una mesa de enebro, propiedad del rey Juba, se vendió en una subasta en Roma por la suma de un millón doscientos mil sestercios, después del asesinato de su hijo; que era equivalente al precio de una granja grande en la capital del Imperio de la época (Ghazi Halima, 1992: 150). El historiador Stéphane Gesell explica la causa de algunas revueltas que surgieron en el reino del antiguo Marruecos, después de la muerte del rey Ptolomeo, con el castigo de no vivir bajo el reinado de este rey y, su padre, Juba II, y solo por el deseo de recuperar la prosperidad que había caracterizado su época. La prueba, según este punto de vista, es que uno de los líderes de la revuelta se autonombró Juba y usurpó el título de rey para ganar la simpatía de los habitantes de las provincias de Mauritania Tingitana y Mauritania Cesariana, contra las autoridades de Roma que habían anexado directamente el reino a su poder. Esto ocurrió después de la muerte de Juba II, unos 45 años después, lo que demuestra el grado de respeto que se le profesó. Juba, hijo de Juba, pudo alcanzar el rango de los reyes deificados, como lo demuestran los documentos históricos que nos hablan del rango sagrado que sus súbditos le habían otorgado durante su vida y después de su muerte. Según una de las inscripciones latinas grabadas, descubiertas en la región de Stef, en Argelia, la adoración de este rey continuó hasta el siglo III d.C., es decir, más de un siglo y medio después de su muerte.

Conclusión

Consideramos cierto que Juba representa el modelo de la personalidad marroquí abierta a las culturas de la antigua cuenca mediterránea. Además, no se puede aislar del contexto general de su época y del país, porque la antigua África del Norte nunca ha sido una región cerrada a los pueblos vecinos. Por el contrario, fue una tierra de refugio para muchos de ellos, que acudieron a esta en tiempos de crisis, como fue el caso de los fenicios y los griegos. Si Juba II se caracterizó por su apertura al mundo mediterráneo, no

estaba menos orgulloso de su pertenencia africana, que en su momento se refería a la civilización libia y su cultura, porque lo que había más allá del Sahara era dominio desconocido para los antiguos pueblos mediterráneos. Los esfuerzos científicos de Juba II resaltaron la contribución de la población del antiguo África del Norte al enriquecimiento del capital científico que las civilizaciones de la cuenca mediterránea produjeron en esta región, considerada el centro y el corazón del mundo antiguo. La personalidad de este rey encarnó los rasgos característicos de la personalidad marroquí y magrebí en tiempos antiguos. Se distinguió por el orgullo de su pertenencia a su país, su apertura a otros pueblos vecinos y la diversidad de sus modos de resistencia contra los poderes que codiciaban la región y sus riquezas.

Bibliografía selectiva

اشطيفان اكشيل، تاريخ شمال إفريقيا القديم، ترجمة التازي شعود ، ، الجزء 8 2007 الرباط

Carcopino, J., 1943, *Le Maroc antique*, Paris. Ghazi, H. (1992),

Les Chefs berbères dans l'histoire des mondes antiques, thèse de doctorat d'Etat, Université de Bordeaux I, III tomes, (Thèse dactylographiée).

Gesell, S., 1927, «Juba II, savant et écrivain», in *Revue africaine*, 3e semestre, p. 169-197.

Richard Goulet, (Dir.), 2000, Juba de Maurétanie, dans *Dictionnaire des philosophies antiques*, Tome III, Paris, CNRS Edition, p. 940-954.

